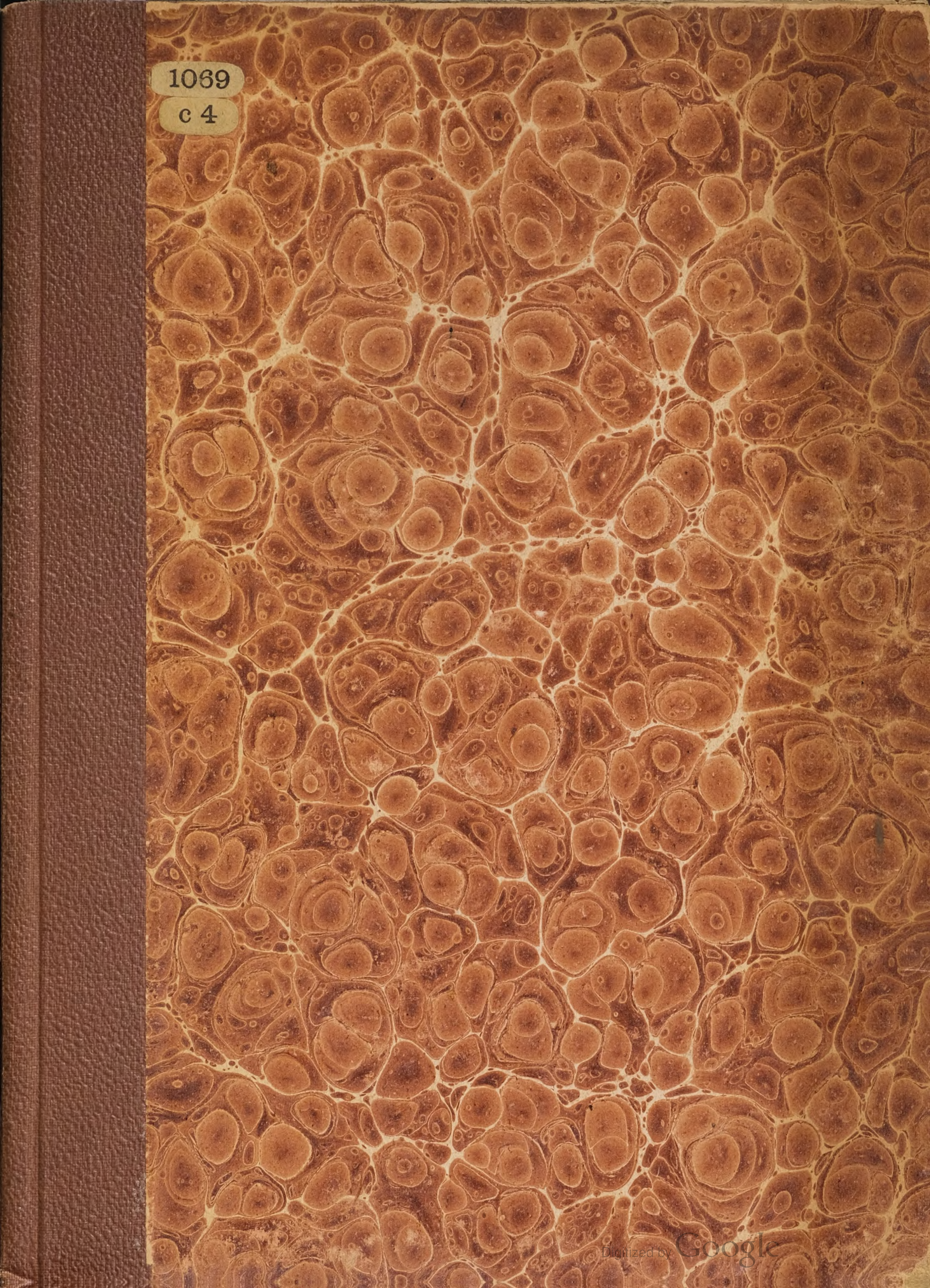

1069
c 4



HISTORIA
DE FLORES
Y BLANCA FLOR,

SU DESCENDENCIA, AMORES y peligros que pasaron por ser Flores moro y Blanca Flor cristiana.

Con licencia: en Madrid: Imprenta que fué de la viuda de Lopez, donde se hallará con otras diferentes.

CAPITULO PRIMERO.

En que se dá principio á la Historia de Flores y Blanca Flor, en la cual se trata de sus firmes amores y demas acontecimientos que les pasaron.

HAbia en la imperial ciudad de Roma un caballero muy virtuoso, noble, rico y señor de varios pueblos y castillos, el cual se llamaba Micher Percio, éste casó con una muy noble, virtuosa y hermosa doncella llamada Topacia. Celebraronse estas bodas con muchas fiestas y regocijos por ser los dos contrayentes de muy alto y esclarecido linage. Vivieron los dos consortes con mucho gusto y placer por espacio de cuatro años, sin mas sentimiento que el no tener sucesion, y un dia entre otras conversaciones dió Micher Percio á entender á su esposa Topacia; que no tenia otro sentimiento sinó el de no tener un hijo en quien recayeran sus estados. A lo cual con mucha modestia y cortesia respondió Topacia, que con el mismo disgusto vivia ella; pero que ya veia no estaba este remedio en sus manos, y que si le daba licencia queria ofrecerle á el apostol Santiago, si se hacia preñada, visitar su santuario, y hacerle alguna costosa alhaja, para el adorno de su templo. Micher Percio, que deseaba lo mismo, le respondió, que desde luego podia ofrecer á el santo apostol cuanto quisiera, que todo lo daba por bien hecho. Con este consentimiento la hermosa matrona ofreció á el santo visitar con su esposo su santo templo, y llevarle una lámpara de valor de cuatro mil escudos de oro si tenia sucesion. No bien habian pasado quince dias cuando Topacia se sintió embarazada, con cuyo motivo dispuso Micher Percio se pusiera por obra la lámpara que Topacia habia ofrecido á el señor Santiago, y ademas de esto mandó labrar una rica col-

gadura de especialísimo brocado de oro; y acabadas que fueron estas alhajas dió Micher Percio principio á disponer lo preciso para su romeria. Mandó llamar á todos sus parientes, criados y familiares, y les dijo: parientes y amigos mios, bien sabeis la promesa que tengo hecha á el apostol Santiago, la cual ya es preciso cumplir, en atencion á hallarse Topacia preñada. Yo estoy determinado á que los dos solos, y á pie, como si fueramos los mas pobres del mundo, hagamos esta romoria, pues asi lo ofreci, y asi lo he de cumplir; en vista de lo cual, y de que esto ha de ser muy breve, solo os encargo encarecidamente que mireis por mis tierras, estados y vasallos, administrandoles recta y pronta justicia, hasta que yo y mi querida esposa volvamos de nuestra peregrinacion. Admirados se quedaron todos en ver que Micher y Topacia se determinaron á hacer tan larga romeria, solos y á pie; pero viendo que el caso no tenia remedio, ofrecieron todos y cada uno de por sí cumplir con el empleo que quedaba á su cargo, y á el dia siguiente tomando sus bordones y esclavinas salieron de Roma Micher y la hermosa Topacia.

CAPITULO II.

De como Micher Percio y su esposa Topacia salieron de Roma en hábito de peregrinos á visitar al apostol Santiago, y de como fueron cautivos de Moros, y muerto Micher Percio.

Con grande incomodidad por los muchos calores que hacia, salieron de Roma los dos peregrinos, Micher y Topacia, que por ser personas tan delicadas caminaban con indecibles trabajos. En esta forma siguieron su peregrinacion algunos dias, hasta llegar al primer puerto de Mar, en el cual hallaron una embarcacion, que

llevaba el rumbo que ellos apetecian, fletaron su viage, y á el dia siguiente se hicieron á la vela. Ocho dias navegaron con feliz viento, y sin desgracia alguna, pero al noveno descubrieron á lo largo cuatro Galeras de Moros Corsarios; los cuales viendo una sola embarcacion la cercaron y sin poderse defender por sus cortas fuerzas fué apresada y cautiva; pero como la desgracia en empezando tarde se suele cansar, sucedió, que de algunas valas que tiraron los Moros le atravesó una el pecho á Micher Percio, y cayó en los brazos de su querida esposa, y estando la afligida Topacia lamentandose de su mala suerte, y diciendole mil sentidas ternezas á su difunto esposo, llegaron los impios Moros, y quitandole de los brazos el cadáver, y arrojandolo al mar se la llevaron á una de sus Galeras, las cuales con la presa dieron vuelta y desembarcaron en Argel, se presentaron á el Rei, que estaba divirtiendose en una Quinta dos leguas de la ciudad, y haciendole relacion de la presa que habian hecho, le entregaron á la hermosa cautiva Topacia. Cuando el Rei vió la hermosura, buen talle y discrecion de Topacia, agradeció mucho el presente, y al punto mandó á cuatro capitanes de su guardia que con cien hombres de acompañamiento llevasen á Topacia y se la entregáran á la Reina su muger, en cuya compañia la tubiera hasta que el Rei diera vuelta á su palacio; y para que la Reina le diera el destino que correspondia á su persona le escribió la siguiente carta.

Carta del Rei Moro á la Reina su muger.

Querida mia, porque creo que te será de mucho gusto, te remito esa cautiva Cristiana que hoy han apresado mis Galeras, es hermosa, de buen talle y discreta, circunstancias que te agradarán. Alá te guarde muchos años.

EL REI.

Luego que llegaron los capitanes con Topacia á presencia de la Reina, fué tanto el gusto que esta recibió de ber á Topacia tan hermosa, de tan buen talle, y gentil disposicion, que la recibió con mucho agrado, y singulares caricias, con tal estremo, que la Reina no apartaba un punto los ojos de su cara, ni se hallaba un instante sin ella. Pero como la hermosa Topacia se hallaba sola y cautiva, ningun favor bastaba á mitigarle sus penas, y asi decia con muchas lágrimas cuando se hallaba á solas: O fortuna desigual! O mal sin remedio! O Topacia, en que mal signo naciste! Que pecados fueron los tuyos, por los cuales te vinieron tantos males! Pues despues de haberte muerto á tu marido, te ves sola y cautiva; qué se han hecho tus riquezas? Qué tus deudos y vasallos, que nunca volverás á ver? O fortuna infausta, á que estado me has traido! Mas quisiera morir inmediatamente que vivir en tan penoso cautiverio. Estas, y otras lastimosas palabras decia muchas veces la angustiada Topacia; y oyendola un dia la Reina la consoló diciendo: Hermana mia, baste ya de dolor y pena, no te fatigues ni desconsueles, que por Mahoma te juro ampararte, y protegerte en cuanto mi poder alcance. Dime quien eres, y con que motivo veniste á mi poder.

La hermosa Topacia agradeció mucho á la Reina el favor que le hacia, y con muchas lágrimas le contó (sin faltar á la verdad) quien era, y el motivo de su cautiverio. Enterada la Reina de la desgraciada fortuna de Topacia, muy condolida, le volvió á ofrecer de nuevo su favor y amistad. Fué tanto el amor que la Reina tomó á Topacia, que no se hacia en el palacio otra cosa que lo que Topacia mandaba.

CAPITULO III.

De los muchos favores que la Reina Mora hizo por Topacia; de como esta parió una niña, á la cual en el bautismo pusieron por nombre Blanca Flor, y muerte de Topacia con otros acontecimientos.

En esta forma vivian la Reina y Topacia; y un dia que estaban las dos en el Jardin divirtiendose, reparó la Reina, que Topacia tenia el vientre levantado, y le dijo: hermana, á mí me parece que estas preñada como yo? A lo que respondió Topacia: ojalá y asi no fuera, pues por causa de este preñado salí de mis estados á cumplir la promesa que te dige, la cual ha sido causa de todos mis males.

Luego que entendió la Reina el preñado de Topacia, mandó disponer todas las vestiduras necesarias para cuando naciera la criatura, de las mismas telas y brocados que las que le habian prevenido á la Reina.

Topacia agradecida á tantos favores, se entretuvo el tiempo que le quedaba hasta su parto en labrar unos pañales bordados de oro y brocado tan especiales, que en toda la Morisma no habia otros que le igualáran. Acabados que fueron se los regaló á la Reina, la cual los estimó mucho.

Ya eran cumplidos los nueve meses del preñado de la Reina y de Topacia, y dia primero de Pascua de Flores á el amanecer dió la Reina á luz un infante muy hermoso, y en el mismo dia á las cuatro de la tarde parió Topacia una niña tan parecida á su madre, que era un vivo retrato suyo. La Reina mandó que á su hijo se le pusiera por nombre Flores, y por darle gusto en todo á Topacia consintió que su hija fuera secretamente bautizada, á la cual le pusieron por gusto de su madre, Blanca Flor.

Topacia tenia su cama en la misma sala de la Reina, y las mismas amas que criaban á el Infante Flores, criaban a Blanca Flor. Con el mismo esmero y cuidado que asistian á la Reina, cuidaban á Topacia, y aunque todos estos favores mitigaban en algo los disgustos de Topacia, con todo, en acordandose de su cautiverio, sus estados, deudos y vasallos, y que aquella hija que habia parido habia nacido en la misma esclavitud que ella estaba, cuando se esperaba en sus estados muchos regocijos y grandes fiestas en su nacimiento, era tanta y tan grande la pena que le daba, que sin poder contenerse lloraba amargamente su desgracia. Cuando la Reina la solia ver triste y llorosa le decia: hermana mia, no te desconsueles ni aflijas, ya sabes el mucho afecto que te tengo, por el cual hare cuanto tu quisieres: tu hija y mi hijo corren por mi cuenta, no tengas cuidado, que todo lo remediará Alá. Favores eran estos que podian desahogar y animar á Topacia; pero era tanta su pena, que no le daba lugar á el consuelo. Viendo la Reina que Topacia estaba enferma, y que cada dia iba peor, mandó llamar sus medicos, y con esmero y cuidado posible la medicinaban, pero no cediendo la enfermedad, viendose ya en los últimos dias de su vida, suplicó á la Reina que mandase traerla á su hija Blanca Flor; La Reina mandó que se la trageran, y tomandola en sus brazos le dijo con muchas lágrimas: O hija mia! Tu has sido la causa de la muerte de tu padre, y mi perdicion. O! y que cara me cuestas! y volviendose á la Reina le dijo con mucho encarecimiento: Reina y señora mia, esta pobre esclava suplica á V. A. no olvide el amparo y cuidado de esta infeliz criatura y tambien os suplico, que luego que yo muera (que será muy breve) mandeis que mi cuerpo sea sepultado en el lugar donde sepultan los cristianos. Y diciendo esto le acometió un desmayo, en el cual solo pudo

articular las palabras de Jesus, Maria y José, con las cuales entregó su alma al Criador.

CAPITULO IV.

Del sentimiento que la Reyna hizo por la muerte de Topacia, y de la crianza de Flores y Blanca Flor.

Luego que murió Topacia dispuso la Reina se le hiciera un suntuoso entierro en una de las iglesias de los cristianos; y fué tan grande el sentimiento y pena que la Reina tomó por la muerte de su querida Topacia, que en muchos dias no dejó de llorar: por mas que se empeñaban en divertirla, siempre estaba triste y pensativa, sin poder olvidar su amada compañera, con cuyo motivo mandó que á Blanca Flor la atendiesen y cuidasen con el mismo esmero que á su hijo, en cuya forma se egecutó hasta que Flores y Blanca Flor tuvieron tres años, á cuyo tiempo mandó la Reina se encargara de ellos una aya para que los fuera criando.

Eran los dos tan parecidos el uno al otro que todos cuantos los miraban los tenian por hermanos, y asimismo se tenian tanto amor, que así el Rei como la Reina estaban complacidos y admirados de ver las muchas caricias que el uno al otro se hacian, sin permitir separarse ni un instante. En esta forma se criaron hasta la edad que fué preciso darle á Flores un ayo que lo instruyera en su ley y demas estudios correspondientes á un Principe, y á Blanca Flor una aya que la enseñase igualmente en las labores de manos y demas ocupaciones correspondientes á su estado y calidad. Púsose en egecucion con notable sentimiento de los dos; á Flores le pusieron por ayo un sabio moro llamado Mahomad; á Blanca Flor le tocó por aya una hija de un renegado, que se habia criado en el palacio desde que nació, la cual era cristia-

na sin que lo supiese nadie, y como esta sabía por estar
en Palacio, que Blanca Flor tambien lo era, con mas cui-
dado que en las labores de manos se empeñó en instruir-
la en los misterios de nuestra santa Fé católica, encargan-
dole siempre no se descubriera á nadie, porque peligraba
su vida. La niña se impuso muy bien en todos los prin-
cipales misterios de nuestra santa Fé, y en esta forma se-
guian, Flores con su ayo y Blanca Flor con su aya;
pero era tanto el amor que se tenian que no podian pa-
sar un dia sin verse, con cuya aficion y amor nada apro-
vechaba á Flores en sus estudios. Notado esto por su ayo
Mahomad, le dió cuenta al Rei de la ninguna aplica-
cion que Flores tenia en los estudios, á causa del mu-
cho amor y continuo desasosiego que siempre tenía con
Blanca Flor. Enterado el Rei de lo que Mahomad le de-
cia, determinó que el Principe saliera fuera de la Corte
á estudiar, pues de otro modo era imposible olvidára los
amores de Blanca Flor. Con esta determinacion mandó el
Rei llamar á su hijo, y le dijo lo siguiente: "Querido
»hijo mio, á el que ha de ser Rei, le es indispensable
»aprender y estudiar el modo que debe observar con sus
»vasallos; tu eres Principe y heredero de mi corona, y
»por lo tanto debes prepararte para en llegando el caso
»de reinar saber como te debes manejar, para cuyo es-
»tudio te he puesto un ayo sabio y de buena conduc-
»ta, este te dá la doctrina suficiente, pero tu olvidado de
»quien eres, y embovecido con los amores de Blanca Flor
»nada aprendes, por cuyo motivo, y por no verme en la
»precision de quitar á Blanca Flor de palacio he determi-
»nado que tu salgas á estudiar á Montorio ocho leguas
»de la Corte; disponte para hacer este viage y no me des
»disgusto, pues de lo contrario haré con Blanca Flor un
»egemplar.» Mucho sintió el Principe Flores la determi-
nacion del Rei su padre, pero viendo que no tenia reme-

dió, y que de no hacer lo que el Rei mandaba, vendria á pagar Blanca Flor la culpa que no tenia, con mucha pena, aunque bien disimulada, respondió á su padre: "Se»ñor, yo estoy pronto á obedecer cuanto V. M. me man»de, en vista de lo cual iré á Montorio con mucho gus»to, ó donde V. M. determine, por lo que puede V. M. »si gusta disponer el viage para mañana.» En aquella noche valido de algunas criadas tuvo Flores ocasion de hablar á Blanca Flor, á la cual con muchas lágrimas dijo lo siguiente: "Querida Blanca Flor, mi poca suerte ha »permitido que el Rei mi padre, creido del consejo de »mi ayo Mahomad, me separe de tu amable vista, pues »me manda vaya á estudiar á Montorio, á mi me es in»dispensable obedecer lo que el Rei manda, pero puedes »vivir cierta, de que aunque me separé de tu vista, mi »corazon, potencias y sentidos siempre serán tuyos, cuya »verdad te afirmo y juro por Mahoma.» Blanca Flor que no esperaba semejante novedad, con muchos suspiros y ansias pidió á Flores no la olvidara, pues ella siempre era suya, y en testimonio de ello le dió á Flores un hermoso anillo. En estos y otros coloquios pasaron lo mas de la noche, y viendo que el dia se venia, por no ser vistos, se retiró Flores haciendo muchas promesas á su querida Blanca Flor. Llegado la mañana, salió el Principe Flores con mucho acompañamiento para Montorio, donde permaneció el tiempo de seis meses, en los cuales se escribieron varios papeles; pero no pudiendo Flores tolerar mas la ausencia de su querida, adoleció de una enfermedad tan rara, que ningun médico la entendia. Viendo esto el Rei, determinó traerle á la Corte, por ver si mudando de tierra cobraba la salud. Llegó el Principe á palacio, y á pocos dias, con la vista de su amada Blanca Flor se restableció á su salud. Viendolo el Rei ya restablecido, lo volvió á enviar á Montorio, pero á pocos

dias volvió á enfermar de el mismo accidente. Informado el ayo Mahomad que la enfermedad del Principe nacia de la ausencia de Blanca Flor, por ver si lo podia divertir, mandó se le hiciesen varias fiestas de torneos, cañas y monterias, pero viendo que todo era perdido, y que la enfermedad del Principe cada dia se iba graduando mas, determinó escribirle á el Rei diciendole que la enfermedad del Principe procedia del mucho amor que tenia á Blanca Flor. Hizolo asi, y enterado el Rei (que tenia sospechas de lo mismo) de lo que le decia Mahomad, pensó quitarle la vida á Blanca Flor, creyendo que por este medio cesarian los amores del Principe, y por consiguiente su enfermedad, para cuya deliberacion determinó consultarlo con su Senescal.

CAPITULO V.

De la sentencia que por el Rey, y los de su consejo se le dió á Blanca Flor de que fuera quemada, y como Flores la libertó del suplicio.

A el dia siguiente mandó el Rei llamar á su Senescal, y le dijo estas palabras: "Bien sabes Senescal el »mucho aprecio que siempre hizo de ti mi padre, y tam»bien te consta el que he hecho yo, y asimismo no igno»ras las muchas mercedes que de mi mano has recibido. »En vista de lo cual espero de tu lealtad me hagas uno »de los mayores servicios, y es el siguiente. Esta cauti»va Blanca Flor tiene á mi hijo tan prendado de amores, »que por esta causa le quité de mi palacio y le envié á »Montorio, pensando que con la ausencia olvidara esta pa»sion, pero ha sido tan al contrario, que perdido de ena»morado enfermó, de tal suerte, que á no habermelo »traido á palacio hubiera muerto. Restablecido que fué »(mas con la vista de ella, que con la de sus padres) le

„volvió Montorio, y al punto volvió á adolecer de la misma enfermedad, tanto que está para morir. Tu conoces muy bien que estos amores no pueden pasar adelante, por no ser regular, que un principe de Argel case con una pobre esclava, hija de padres de contraria Secta. En vista de lo cual, y que lo que importa es la salud del Principe, soy de parecer que aquesta esclava se le quite la vida, por cuyo medio tendrán fin los amores de el Principe, y cualesquiera otro daño que pueda suceder.„ Oidas por el Senescal las palabras del Rei dijo: Yo señor estoy pronto á egecutar cuanto sea en servicio de V. M.; pero antes es necesario buscar algun delito que acumularle, para que el consejo pueda condenarla á muerte. A mi me parece que el mas seguro y facil es emponzoñar con veneno una gallina, y que cuando V. M. esté comiendo la traiga á la mesa un page con recado de Blanca Flor; V. M. mandará que le den una pierna á un perro antes de comerla, y viendo que el perro muere puede V. M. acumularle la traicion de que le quiso quitar la vida. Aprobó el Rei el consejo del Senescal, y éste se partió á disponer la gallina segun se habia tratado. Llegada la hora de comer á el dia siguiente trajo el page la gallina, y todo sucedió como el traidor del Senescal habia tramado: de forma, que prorrumpiendo el Rei con grandes voces, traycion, traycion, se alborotó el palacio, y averiguada la causa vino á salir culpada la inocente Blanca Flor, á la cual luego al punto pusieron en prision, y sin mas justificacion que el dicho del Senescal y el page, la notificaron la sentencia de ser quemada dentro del tercero dia. La Reina que ignoraba esta traicion, por una parte se lastimaba de Blanca Flor y por otra se enojaba contra ella, por el amor que tenia á su marido. Todo el palacio estaba alborotado con la novedad, pero quien mas la sentia era el aya que la ha-

bia criado, la cual estando sola, y sin luz la primera noche que prendieron á Blanca Flor, haciendo oracion en un retrete oculto de palacio oyó hablar dos hombres junto á ella; aplicó el oido, y aunque hablaban en tono bajo conoció eran el Senescal y el Page, que condolidos de la sentencia de Blanca Flor, blasfemaban del Rei. Fueronse, y el aya enterada de la inocencia de Blanca Flor, á el dia siguiente despachó un correo secreto á el Principe contandole lo que pasaba, y en la afliccion que se hallaba Blanca Flor. Luego que el Principe recibió la carta, sin ser visto de su ayo Mahomad, tomó un caballo, y armandose de todas armas con su celada y morrion se partió para la Corte. Antes de entrar vió á un lado del camino un tablado, y que todo estaba rodeado de mucha leña, preguntó á unos leñadores que para que efecto llevaban aquella leña, y le respondieron, que para quemar á una esclava del Rei que habia querido matarlo con una gallina envenenada: con esta noticia conoció el Príncipe que aquel tablado era el suplicio de Blanca Flor, y determinó quedarse alli para estorvar su muerte. No bien habia pasado una hora cuando vió el Principe Flores salir por la puerta de la ciudad mucha tropa, delante de la cual venia el Senescal con los alguaciles, entre los cuales traian sobre un borrico á la hermosa Blanca Flor vestida de negro, y con una gruesa cadena á el cuello. Habiendo llegado cerca del tablado, y apeandole del borrico, la desconsolada Blanca Flor se hincó de rodillas, y cruzando las manos hizo á el cielo la siguiente y devota oracion.

Dios y señor mio, que por tu infinita bondad te dignaste de tomar carne humana por salvar los pecadores, ten misericordia de esta miserable criatura, que injustamente muere. No bien hubo acabado la oracion cuando acometiendole los ministros para arrojarla á el fuego, se en-

tró por medio de todos Flores, y como un leon furioso llegó hasta donde estaba la desventurada Blanca Flor y tomandola de la mano la sacó de entre sus enemigos, y á grandes voces dijo: Cualesquier infame caballero que quiera sustentar en pública campaña que el delito de esta muger es cierto, yo lo defenderé cuerpo á cuerpo. El Senescal que era el acusador y á quien de derecho tocaba el desafio, le respondió: caballero, quien quiera que seais, yo admito el desafio que me haceis, siempre que el Rei mi señor de licencia para él. Esperaos aqui, que en breve tiempo daré la vuelta, y si traigo la licencia presto os arrepentireis de haber hecho el desafio. Partió el Senescal dejando alli á Blanca Flor con toda la tropa y habiendo contado lo sucedido á el Rei se admiró mucho de que hubiera caballero tan atrevido, que se opusiera á sus ordenes.

Mandó el Rei juntar todos los de su consejo, y habiendoles hecho relacion de lo que el Senescal le habia dicho, les preguntó que se debia hacer en aquel caso: á lo que respondieron todos, que S. M. no podia escusarse á admitir el desafio del caballero, pues de lo contrario todos pensarian que la sentencia era mal dada, y esto era contra su estado y su corona. No queria el Rei admitir el desafio temiendose que como la sentencia era injusta, el Senescal fuera vencido del caballero, y tal vez se descubriera la verdad; pero viendo que no tenia remedio, confiando en la valentia y destreza del Senescal le dió licencia para que á el dia siguiente se combatiera con el caballero, y que en el intefin se pusiera á Blanca Flor en poder de dos caballeros de los mas nobles de la Corte, que el uno lo habia de nombrar el Senescal y el otro lo nombrára el caballero mantenedor, y que estos mismos caballeros habian de ser los dos padrinos que habian de asistir á el combate. Todo lo cual mandó el Rei á el Se-

nescal le hiciera saber á el caballero para que se apercibiera para el dia siguiente, y que nombrára por su parte el caballero que tuviera á bien, para depositario de Blanca Flor y padrino del combate. Entre tanto que el Rei y el consejo estaban dando las ordenes á el Senescal, la afligida Blanca Flor, sin conocer á Flores por tener la cara tapada con el morrion y visera, le estaba contando con muchas lágrimas y suspiros la falsa acusacion que el injusto y alevoso Senescal le habia hecho, á todo lo cual Flores le decia no tuviese cuidado, que él la sacaria de aquel conflicto y castigaria á los alevosos. A seguir iba Blanca Flor su tragedia, cuando repararon que á grande prisa venia el Senescal, y habiendo llegado dijo en alta voz: caballero, el Rei mi señor, usando de su benignidad, me manda que os diga que para mañana os prevengais para combatiros conmigo y que desde ahora hasta entonces quede Blanca Flor depositada en poder de dos caballeros de los mas nobles de la Corte, el uno lo he de elegir yo, y el otro ha de ser el que vos quisiereis, cuyos caballeros han de ser igualmente padrinos de nuestro combate. En vista de lo cual espero vuestra respuesta para darsela á S. M. Habiendo oido Flores lo que el Senescal decia, le respondió: decid á el Rei de mi parte que le beso la mano por tan singular favor, y que por lo tocante á elegir padrino y depositario de Blanca Flor lo haga S. M. por sí ó con acuerdo del consejo, que á el que defiende la verdad cualquier padrino le basta. Con esta respuesta se fué el Senescal para palacio llevándose á Blanca Flor con mucho acompañamiento, y enterado el Rei de lo que el caballero respondió le eligió por padrino á un caballero anciano de los mejores de la Corte, y el Senescal eligió á otro, en cuyo poder pusieron á Blanca Flor. Flores por no ser conocido se quedó aquella noche en una casa de campo

CAPITULO VI.

De la cruda Batalla que el Senescal y Flores tuvieron, en la que quedó muerto el Senescal: de como Blanca Flor quedó libre, y Flores se volvió á Montorio sin ser conocido de nadie.

A otro dia de mañana mandó el Rei llamar á los padrinos, y á Blanca Flor, y todos juntos con muy grande acompañamiento y magestad se fueron á el sitio aplazado para el combate, que era el de el suplicio, y habiendo llegado mandó el Rei echar un bando con pena de la vida á el que fuera osado á ayudar á una ú otra parte; despues mandó entrar á los dos caballeros y á sus padrinos, los cuales traian en medio á Blanca Flor en un caballo blanco. Puesto todo en orden, y el Rei sentado con los del consejo en un tablado, se dió la seña de acometer, se vino el uno para el otro con tan grande fuerza que encontrandose los dos caballeros se sentaron de ancas sin reconocer ventaja en ninguno, y volviendo á embestirse dió el Senescal un golpe á Flores en el escudo, que estuvo para caer del caballo, y volviendose á recuperar le dió á el Senescal un bote de lanza tan fuerte, que pasandole el escudo dió con él y con el caballo en tierra, y apeandose Flores con mucha prisa sacó el alfange para cortarle la cabeza; viendose el Senescal ya vencido suplicó á Flores lo dejára levantar, atendiendo á que la falta no habia estado en él sino en su caballo. Flores llevado de su nobleza y valentia lo dejó levantar, y volviendo á su caballo tomó una gruesa lanza, y se fué para Flores como un leon furioso, y le dió tal encuentro, que falseandole el escudo le llevó una parte de la visera. Cayó Flores á el suelo del grande golpe que habia recibido, apeandose el Senescal pa-

ra acabarle de matar, Flores selevantó, y poniendo mano á el alfange le acometió con tanta furia, que se vió el Senescal en mucho aprieto para poderse defender: asi lidiaban como dos leones, pero siempre llevaba Flores lo mejor de la batalla. Fatigado el Senescal, pidió á Flores algunas treguas para descansar un rato; pero Flores en vez de darselas, le tiraba tantas y tan grandes cuchilladas y reveses, que no pudiendo repararlos todos, se descuidó y alcanzandole un gran golpe en la cabeza se la hendió hasta los ojos, de cuya herida cayó muerto el Senescal. Viendo esto el padrino de Flores se presentó ante el Rey y el consejo, y pidió que se publicase la victoria por su caballero, y la libertad de Blanca Flor, segun era uso y costumbre. El Rei mandó que asi se hiciera, y con muchos victores aplaudió todo el pueblo el vencimiento de Flores y la libertad de Blanca Flor. Todo lo cual era de mucho sentimiento para el Rei, pero lo disimulaba á mas no poder. Acabados los victores y alboroto de la plebe llegó Flores á el tablado, y haciendole una profunda reverencia le encargó amparára á Blanca Flor, y atendiera á su inocencia. Blanca Flor agradecida á la fineza tan grande que de aquel caballero habia recibido se llegó y le dijo: caballero, por vuestra cortesia os suplico me digais quien sois, para que yo sepa quien ha sido mi defensor, y Flores os premie tan gallarda accion. A lo cual le respondió el caballero: Blanca Flor, yo voy donde Flores está, y le diré todo lo sucedido. En esto se levantó el Rei, y los de su consejo, y se retiraron á la Corte llevandose á Blanca Flor con mil parabienes; y Flores sin ser de nadie conocido se partió para Montorio, y antes de llegar se ocultó en una casa de campo, donde dejó el caballo y armas, y sin que nadie entendiera de donde venia se fué á el palacio, donde halló á su ayo Mahomad muy triste y pensativo

por la falta de su señor Flores, con cuyo motivo habia despachado Mahomad varios moros por distintas partes para que le buscasen; y habiendolo visto entrar por la puerta del palacio se fué para él, y con muchas alegrias y parabienes le recibió sin atreverse á preguntarle de donde venia. Degemos á Flores en Montorio con su ayo, y volvamos á el Rei, que indignado contra Blanca Flor por no haber podido conseguir su depravada traicion no dejaba de maquinar injurias contra ella; que el quitarle le vida aunque fuera con veneno, era sospechoso contra él, y con consejo de la Reina su muger determinó vender á Blanca Flor.

CAPITULO VII.

De como el Rey mandó que llebaran á Blanca Flor á tierras estrañas y la vendieran, y de como el Principe Flores salió de su palacio para Alejandria en seguimiento de Blanca Flor.

Determinado el Rei á que vendieran á Blanca Flor, con mucho sigilo, mandó á un mayordomo suyo, que á la media noche para no ser vistos de nadie, con solos dos criados la sacaran de palacio y la llevaran á tierra estraña, donde la podian vender sin que nadie supiera quien era. El mayordomo obedeció el mandato del Rei y en aquella noche la sacaron de palacio, y tomaron el camino de Florencia, y habiendo llegado á el puerto hallaron en él dos Navios, en los cuales iban dos ricos mercaderes, á éstos les digeron si querian comprar una cautiva: ellos respondieron, que si les agradaba la comprarian: el Mayordomo se la mostró, y á el punto que la vieron tan hermosa, enamorados de su vizarria y buen talle pagaron lo que el mayordomo les pidió: éste se volvió á dar cuenta á el Rei de como ya la habia vendido,

y los mercaderes muy contentos con su cautiva se hicieron á la vela para Alejandria; luego que llegaron acordaron llevar la cautiva para que la viera el Almiral, y si le gustaba vendersela; en efecto la llevaron, y el moro luego que la vió quedó tan enamorado de ella, que sin reparar en dineros les pagó la cautiva por lo que le pidieron, y la mandó poner en un palacio, donde tenia cien doncellas cautivas, las mas hermosas que se habian podido hallar, las cuales eran tan atendidas y servidas como Reinas. En este palacio no entraba otra persona que la del Almiral y veinte eunucos que las servian. Fué tanto el aprecio que el Almiral hizo de Blanca Flor, que mandó ponerla separada de las otras, aunque en el mismo palacio, pues pensaba con el tiempo irle grangeando la voluntad para casarse con ella: con este motivo la atendia y regalaba con mucho esmero; pero ningun favor podia consolar la tristeza de la angustiada Blanca Flor, la cual ya tenia perdidas las esperanzas de volver á ver á su querido Flores. Degemos á Blanca Flor en el palacio con las demas doncellas, y volvamos á tratar del Rei de Argel, que luego que supo por su mayordomo que Blanca Flor era vendida, determinó traerse á Flores á el palacio, y para que no estrañára la llamada se fingió enfermo: con este motivo envió la Reina un posta por Flores diciendole, no se detuviera en venirse, porque estaba el Rei su padre algo indispuesto.

Luego que Flores supo la noticia, sin mas compaña que la del posta se vino á ver á su padre, á el que halló en cama, y despues de haberle besado la mano pasó á el cuarto de la Reina, la cual le recibió con mucho amor y le empezó á preguntar como le habia ido en sus estudios Flores la respondio á todo, pero viendo que era pasado mucho tiempo, y no habia visto entrar ni salir á Blanca Flor como otras veces, empezó á sobresaltarse; y fingien-

do una diligencia se despidió de su madre: anduvo todo el palacio buscando á Blanca Flor, y viendo que no la encontraba, pasó á el cuarto de la aya que crió á Blanca Flor, de quien Flores se fiaba mucho, y con grandes ansias y lágrimas le preguntó por Blanca Flor. La aya le respondió: ya quince dias hace que falta del palacio Blanca Flor, el mayordomo y dos criados, éstos hace dos dias que vinieron, de lo que infiero, que ellos y no otros saben de Blanca Flor. Helado se quedó Flores á el oir lo que la aya le dijo: y fué preciso todo su valor para no caer en tierra con un desmayo que le acometió. Vuelto en sí, y dando un suspiro dijo: juro por Mahoma, que le he de quitar la vida á el traidor que haya robado á Blanca Flor, y diciendo estas palabras salió como un leon del cuarto de la aya; disfrazado por no ser conocido salió de palacio en busca del mayordomo, á el cual encontró á pocos pasos, y diciendole que tenia que tratar con él un negocio de importancia lo llevó á sitio escusado y le dijo: juramento tengo hecho á el profeta Mahoma de quitarte la vida sino me dices la verdad, en lo que voy á preguntar: yo sé que tu y dos criados salisteis de palacio quince dias hace con Blanca Flor, y que hace dos dias que volvisteis; quien á mi me lo ha dicho lo sabe todo, en cuyo supuesto escusado es que me lo niegues: dime la verdad, que yo te aseguro por quien soy de guardarte este secreto hasta la muerte, y de no decirmelo, vuelvo á jurar de quitarte aqui la vida. Atolondrado se quedó el mayordomo á el oir lo que Flores le decia, y creyendo que todo lo sabia, se echó á sus pies pidiendole perdon, y diciendole, que él habia llevado á Blanca Flor porque el Rei se lo habia mandado, y que en esto no tenia culpa. Flores le levantó del suelo y ofreciendole su amistad le dijo, le contára cuanto habia en el caso sin ocultarle nada. El mayordomo le dijo, co-

mo habia vendido á Blanca Flor en Florencia á unos mercaderes que pasaban á Alejandria, y que les habia oido decir que pensaban venderla á el Almiral de aquella ciudad, que esto era lo cierto, y que no sabia mas. Con esta noticia se despidió Flores del mayordomo, y en aquella misma noche recogió una gran cantidad de dineros y muchas joyas de inestimable valor, y tomando un caballo sin ser de nadie visto salió de la ciudad solo para Alejandria, caminando de noche y por caminos escusados, para no ser visto de nadie; de forma, que aunque á el dia siguiente habiendole echado menos le salieron á buscar muchas postas ninguno lo pudo hallar, Flores siguió su camino y en muy poco tiempo llegó á Alejandria.

CAPITULO VIII.

De como Flores entró á servir de Page á el Almiral, por cuyo medio pudo ver y hablar á Blanca Flor, y de como los dos escaparon huyendo en una Embarcacion.

Luego que Flores entró en Alejandria, y supo de cierto que Blanca Flor estaba en el palacio del Almiral, pasó á el puerto y compró una embarcacion, la cual equipó de la gente y demas víveres necesarios, y les mandó se estuviesen alli hasta que el les avisara. Hecho esto buscó modo para entrar á servir de Page á el Almiral, y habiendolo conseguido, como Flores sabia muy bien el modo con que se habia de portar en la Corte, servia á el Almiral con tal gracia, que en breve tiempo le agradó tanto, que no se hallaba un instante sin él, con cuyo motivo uno de los dias que fué á visitar las doncellas lo llevó en su compañía, y habiendo entrado en el palacio preguntó el Almiral por Blanca Flor, y le digeron estaba en cama algo indispuesta, y como Blanca

Flor era el objeto de su cariño por no volverse sin verla, determinó pasar á su cuarto. Siguiolo Flores, y habiendo entrado en él se llegó el Almiral á la cama de Blanca Flor (que estaba vuelta de espaldas) y habiendole preguntado por su salud, ella para responder se volvió á el otro lado, y viendo á Flores fué tan grande el alvorozo y sobresalto que le dió, que acometida de un fuerte desmayo estuvo mucho rato sin señales de vida. Al Almiral que notó aquella novedad, ignorando la causa, comenzó á dar voces diciendo, Blanca Flor es muerta. Acudieron las demas doncellas, y aplicandole algunos balsamos y aguas aromáticas fué volviendo en si, y entre tanto no se apartó el Almiral ni Flores de la cabecera. Recobrada Blanca Flor se retiró el Almiral y Flores, y ella se quedó llena de mil imaginaciones, por no saber con que motivo ó traza habia podido Flores saber donde ella estaba, y como habia entrado en su cuarto, en cuyos pensamientos gastó toda aquella noche.

A el dia siguiente deseoso el Almiral saber de la salud de Blanca Flor le mandó á Flores fuera á palacio, y llevára á Blanca Flor de su parte un ramo de especialísimas Flores, el cual le encargaba diera en su mano, y se informára como habia pasado la noche. Flores valido de la ocasion metió en el ramo un papel, por el cual dió cuenta á Blanca Flor de todo lo sucedido. Llegó Flores á el palacio, y diciendo la orden que traia del Almiral, acompañado de algunas dueñas entró á el cuarto de Blanca Flor, y dandole el recado que traia de su señor, se enteró Blanca Flor en lo que hasta alli ignoraba, y tomando el ramo con palabras equívocas le dijo: que estimaba mucho la fineza, y que estaba muy aliviada para servirlo. Con este recado volvió Flores á el Almiral, el cual se alegró mucho, porque estimaba en estremo á Blanca Flor, la cual despues de haberse ido Flores, mirando el ramo

reparó en el papel, y leyendolo quedó satisfecha y advertida de cuanto debia hacer. Dos meses estuvo Flores sirviendo á el Almiral, en cuyo tiempo fué varias veces á ver á Blanca Flor, algunas con su amo y otras solo, y aunque en ninguna le pudo hablar por haber siempre testigos de vista, no le faltó ocasion para darle y recibir algunos papeles, por los cuales se dió uno á otro cuenta de lo que debian hacer para no ser descubiertos. Seguia la enfermedad de Blanca Flor, y como el Almiral la estimaba tanto, mandó llamar los mejores médicos de aquella provincia, y habiendola visitado, digeron: que el único remedio que aquella enfermedad tenia era, que Blanca Flor tomara por espacio de un mes las aguas minerales de una fuente que habia en una quinta del Almiral, que estaba á la márgen del mar. Con este dictamen mandó el Almiral llevar á Blanca Flor á dicha quinta, en la cual puso cuatro damas y dos eunucos para que la sirvieran, y todas las tardes pasaba el Almiral con Flores á ver a Blanca Flor, la cual (por consejo de Flores) cada dia se fingia mas enferma; con este motivo repetia el Almiral mas á menudo las visitas, con las cuales pudo Flores reconocer á su satisfaccion las entradas y salidas de la quinta. Ya bien informado, y avisada Blanca Flor por un papel, una noche despues de haber dejado á el Almiral en cama, y prevenida su embarcacion, se fué á la quinta á mas de media noche, hora en que por estar Blanca enferma todos dormian, y echando una escala á una de las paredes del Jardin se entró dentro, y llegando á el sitio donde Blanca Flor lo esperaba, la tomó de la mano, y sin ser de nadie sentidos, por la escala salieron á la playa, y poniendose Blanca Flor un vestido de moro que Flores tenia prevenido, se iban ácia la embarcacion; pero la mala suerte que no deja de perseguir á los desdichados, dispuso que un moro muy amigo del Almiral estuviera aque-

la noche rondando la quinta, á causa de que una de las damas que estaban con Blanca Flor era su querida. Con este motivo rabiando de celos se llegó el moro á los dos, y con el alfange en la mano les dijo: decidme quien sois, y que buscais á estas horas en este sitio? Flores viendo el grande riesgo que le podia venir de que lo conociera, sin responderle palabra sacó el alfange, y aunque el moro se defendió con mucho valor, en breve tiempo dió con él en tierra, y le acabó de matar, y volviendo á Blanca Flor que estaba desmayada del susto, la tomó por la mano, y en breve tiempo llegaron á la embarcacion, en la que entraron, y con la brevedad posible se hicieron á la vela con viento tan favorable, que cuando amaneció ya estaban muchas leguas de Alejandria.

CAPITULO IX.

De como el Almirante luego que supo la ausencia de Flores y Blanca Flor, desesperado se arrojó por un balcon de palacio, y se mató: de la tormenta que Flores y Blanca Flor pasaron en el mar, y lo que les sucedió en la Isla despoblada, en la que estuvieron dos meses.

Venida la mañana mandó el Almiral llamar á Flores para que fuera á saber de Blanca Flor, á cuyo tiempo llegó á palacio uno de los cuatro eunucos que servian á Blanca Flor, con la noticia de que no la hallaban en toda la quinta, con cuya noticia y la de no hallar á Flores, empezó el Almiral á sospechar si se habrian ido los dos. Con estas sospechas se puso tan furioso, que desesperado y á medio vestir se fué á la quinta para informarse de el hecho de la verdad, y habiendola registrado toda halló en una de las paredes la escala por donde habian salido, con cuyo testimonio, y el de saber la muerte

de su amigo el moro, se acabó de affirmar de que Flores se habia llevado á Blanca Flor, y sin detencion mandó salir postas por todos los caminos de Alejandria, ofreciendo grandes premios á el que los descubriera; pero todo fué en vano, pues dentro de quince dias volvieron todos sin dar la mas leve noticia. Viendo el Almiral que todas sus diligencias se habian fustrado, fué tan grande el sentimiento y la furia que le acometió que desesperado, sin que nadie lo pudiera contener se arrojó por un balcon de su palacio á el jardin, y se mató, con cuyo motivo no padecieron la muerte que tenian sentenciada los que guardaban á Blanca Flor. Degemos el palacio en estas confusiones, y volvamos á tratar de Flores y Blanca Flor, que con mucha alegría y feliz viento iban navegando para Roma; Flores con el designio de en llegando bautizarse, y casarse con Blanca Flor, y Blanca Flor con el de conocer á sus deudos. Y un dia que Blanca Flor iba esplicando á Flores los principales misterios de nuestra santa Fé católica, en los cuales ya Flores estaba medianamente instruido, repararon que el cielo se anublaba, el viento soplaba demasiado, y la mar se embravecia, cuyos accidentes crecieron mas y mas, de forma que en breve tiempo se formó una tempestad de aire, relámpagos y truenos, tan horrorosa, que rotas las velas, quebrados los palos y destruidas las jarcias, ya los marineros sin saber que hacerse, esperaban que uno de los muchos vaivenes que la embarcacion daba los sepultára en las entrañas del mar. Blanca Flor acometida de un mortal desmayo apenas sentia la borrasca. Flores ya instruido en los misterios de nuestra tanta Fé clamaba á Dios le dejára llegar á tierra de cristianos y recibir el santo bautismo. En estas angustias iban cuando dando la embarcacion un furioso golpe en una roca se abrió por medio. Flores que tenia en sus brazos á Blanca Flor mas

muerta que viva, viendo que perecian sin remedio, y que la lanchuela de la embarcacion estaba inmediata, saltó prontamente en ella con Blanca Flor, en la cual salvaron sus vidas; y todos los marineros y la embarcacion se fueron á fondo, sin poder reservar mas vidas que las dos. Viendose Flores en medio del mar en una lanchuela tan pequeña, que era imposible navegar en ella, sin viveres ningunos, y con Blanca Flor en sus brazos sin señal de vida, fue tan grande la angustia que le dió que estuvo á punto de caer de su estado; pero animándose, y confiando en Dios levantó los ojos al cielo, y con muchas lágrimas pidió á Dios le amparára en tan grande necesidad, pues ya que se perdiera su cuerpo no se perdiera su alma. Serenóse la tempestad, y á poco rato descubrió Flores una Isla, ácia la cual enderezó lo mejor que pudo su barquilla, y habiendo llegado saltó en tierra con Blanca Flor en sus brazos, que aun no habia vuelto del desmayo. Puso á Blanca Flor en la arena, y amarrardo la barquilla se sentó junto á ella dando infinitas gracias á Dios porque los habia librado de la muerte, que tan cercana tuvieron, á cuyo tiempo dando Blanca Flor un suspiro volvió en sí, y mirando á un lado y á otro como el que despierta de un profundo sueño, preguntó á Flores qué sitio era aquel, y que se habia hecho la embarcacion y marineros. A lo qual la satisfizo Flores contandolo todo lo sucedido, por lo que dió Blanca Flor infinitas gracias á Dios, y exhortó á Flores, que esperára en la divina piedad los sacaría de tantas aflicciones; á todo lo cual le respondió Flores con mucho agrado: no siento yo querida Blanca Flor las penas que por mi pasan, pues tu amable compañia me endulza y suaviza cuantos disgustos me pueden acometer, lo que siento es verte en esta Isla, la cual no se que gentes la habitan, sin amparo de persona humana, sin ropa, alhajas ni dineros, y

lo que es peor, sin tener con que alimentarte ni saber á quien pedirlo, esto es lo que me dá tanta pena, que no puede mi lengua encarecerlo. Blanca Flor que sentia tanto los disgustos de Flores como los suyos, para desahogarlo y darle algun consuelo le dijo: no creas querido Flores que la piedad de Dios nos ha de dejar morir de hambre, no faltarán en esta Isla (cuando no habitadores) algunas frutas silvestres, con que podernos sustentar el tiempo que estemos en ella, y pues nuestra buena suerte asi lo ha dispuesto, buen ánimo y venga lo que Dios quisiere, que todo lo recibiré con gusto estando tu en mi compañia. En estos y otros coloquios pasaron lo mas de la tarde, y viendo Flores que la noche se venia, temeroso de que alguna fiera pudiera acometerles, tomó á Blanca Flor por la mano, y se fueron entrando tierra adentro, buscando algun alvergue en que pasar la noche. No bien habrian andado doscientos pasos cuando descubrieron una alta piedra, que servia como de pabellon á una cueva: enderezaron los pasos ácia ella, y habiendola resgistrado con algun recato por si en ella habia alguna fiera, encontraron un regular alvergue en que poder recogerse aquella noche. Flores deseoso del descanso de Blanca Flor recogió una porcion de heno, con el que le hizo una blanda cama, y otra para él; y despues juntando gran porcion de leña encendió candela, con la cual y sus camas de heno pasaron aquella noche menos incomoda que esperaban. No bien hubo amanecido cuando Flores cuidadoso del sustento de Blanca Flor, se lebantó, y poniendose en la puerta de la cueva por ver si divisaba arvol alguno que pudiera darles algun sustento, descubrió no muy lejos una copiosa cantidad de palmas, las cuales tenian muchos y muy buenos dátiles. Volvióse á Blanca Flor, y tomandola de la mano, por no dejarla sola, se fueron hacia las palmas, de las que tomaron cuantos dátiles quisieron, con los cua-

les, y el agua de una fuente que salia á el pie de la piedra, saciaron su apetito con tanto gusto como si hubieran comido los mas delicados manjares, por cuyos beneficios daban continuamente infinitas gracias á Dios. En esta forma estuvieron los dos queridos amantes dos meses en aquella Isla, sin descubrir en todo este tiempo persona humana, en cuyo tiempo no dejó Blanca Flor de instruir á Flores en los mandamientos y preceptos de la ley de Dios. Unos dias se paseaban por lo interior de la Isla, y otro solian llegarse á la orilla del mar, por ver si descubrian alguna embarcacion que pudiera socorrerlos.

CAPITULO X.

De como estando una tarde Flores y Blanca Flor á la orilla del mar, descubrieron una embarcacion de cristianos, y con su barquilla se fueron á ella, en la cual llegaron á Roma, donde se bautizó Flores y casó con Blanca Flor.

Una tarde que estaban los dos sentados á la orilla del mar tratando de sus pasados trabajos, reparó Blanca Flor en una embarcacion que se descubrió á lo largo: preguntó á Flores si conocia de que nacion podria ser, y habiendose acercado algo mas descubrió Flores que era de cristianos, y viendo que el rumbo que llevaba no era ácia la Isla, encomendandose á Dios con mucha prisa se metieron en su barquilla, fiados en la serenidad que el mar tenia, y vogando á toda prisa se fueron acercando á el navio. El capitan que descubrió á lo largo aquella tan pequeña barquillla, desde la cual le hacian seña como de socorro con un lienzo, movido de caridad fué suspendiendo el curso del navio para que pudiera llegar. Luego que estuvo cerca, conociendo que en ella venian dos personas solas, les dijo el capitan, qué era lo que

necesitaban? A lo que respondió Blanca Flor que por amor de Dios le suplicaba quisiera recogerlos en su navio, pues lo veia en aquel desamparo, que ella le pagaria muy bien el flete. El Capitan movido de caridad, mas que de codicia mandó echar la escala, por la que entraron en el Navio, en el cual fueron muy bien recibidos del capitan, y mas cuando este supo los trabajos y peligros que habian pasado, que como ya estaban entre cristianos nada le ocultaron. Era el capitan de nacion Italiano, hombre de muy buena conducta, y el rumbo que llevaba era para Roma, de forma que todo les vino á medida de su deseo, con cuya felicidad navegaban los dos queridos amantes con singular gusto y complacencia; no con menos iba el capitan admirado de ver la hermosura, honestidad y gallardia de Blanca Flor, y mas cuando le contaba alguna de sus muchas fortunas pasadas, pues las referia con tanta gracia que embobaba su conversacion. Con estos motivos se empeñó tanto el capitan en agasajarlos, que son indecibles los favores que de él recibieron Flores y Blanca Flor, todo el tiempo que duró esta navegacion, que fué poco mas de veinte dias, á el cabo de los cuales llegaron á Roma con toda felicidad, y habiendo saltado en tierra le dió Blanca Flor á el capitan por el flete, y los muchos favores que de él habian recibido un anillo de inestimable valor.

Blanca Flor informada de la casa de uno de sus principales deudos, se fué á ella, y habiéndose dado á conocer, acreditó su verdad con un anillo y otras alhajas de su padre, y una certificacion firmada de su madre, por la cual declaraba ser su hija, cuya certificacion y alhajas entregó su madre antes de morir á la Reina, para que se las diera luego que tuviera uso de razon. Con señales tan verídicas, ser Blanca Flor un vivo retrato de su madre, y saber que esta murió del parto en tierra de

moros, todos la tuvieron y reconocieron por legítima heredera de los estados de sus padres, en cuya posesion la pusieron: y enterados del alto linage de Flores y que deseaba con ansias bautizarse, hicieron las prevenciones y diligencias concernientes á tan alto fin, y recibió el agua del bautismo el dia primero de pascua de Natividad; y el de la Adoracion de los santos Reyes recibieron los dos las bendiciones del santo matrimonio, á cuyo fin se hicieron en todos sus estados muchas fiestas y regocijos con comun aplauso de todos.

FIN.

